

SOLEDAD VS. SOLIDARIDAD: ALGUNAS REFLEXIONES

MANUEL MALDONADO DENIS

I

ORTEGA y Gasset dijo en una ocasión que la vida humana es radical soledad. Este dato radical de la existencia humana ilustra, de acuerdo con él, la gran dificultad que existe en la comunicación entre los seres humanos. Es decir, que el hecho de yo encontrarme condenado a vivir encerrado dentro de un objeto espacial que designamos como "el cuerpo" me fuerza a vivir eternamente con el *aquí* a cuestas. Dondequiera que me mueva, no podré estar sino *aquí*, mientras que los demás —sean quienes sean— siempre estarán *allí*. De modo que en mi intento de penetrar en el mundo de otra persona, me veo forzado a caminar hacia él, a intentar un intercambio entre él y yo de forma tal que pueda unirse conmigo en un terreno común al que ambos podamos llamar nuestro *aquí*. Pero pronto me doy cuenta de que debido a la impenetrabilidad de la materia, esto no puede darse, puesto que mi cuerpo como tal excluye el *aquí* de los demás cuerpos. Por más cerca que yo esté de otra persona, yo siempre estaré *aquí* y ella *allí*. La única forma de intercambiar estas dos soledades —no ya en términos físicos, sino síquicos— son el amor y la amistad. Pero sobre eso más adelante. Lo importante para nuestros propósitos es notar cómo estamos forzados a vivir dentro de un cuerpo, y la dificultad que existe para comunicar a otros seres humanos como nosotros nuestro estado síquico.

Claro está, siempre podemos entrar imaginativamente en el sentir de otra persona, es posible penetrar empáticamente en el estado de ánimo de los demás seres humanos. En eso radica la comprensión, en esa capacidad nuestra de ponernos en el lugar de la otra persona, de usar nuestra imaginación como medio de asomarnos —si se me permite la metáfora— a las ventanas de su alma. Así por ejemplo, el dolor físico de una persona —un dolor de muelas, digamos— es una experiencia personalísima. Pero como el rostro del hombre tiene una gran capacidad mimética, sabemos al ver la mueca de dolor reflejada en el

rostro de nuestro amigo que él está pasando por un dolor intenso. A pesar de eso—y aun cuando, como en el caso del amante—quisiésemos sentir dicho dolor, todo sería en vano. Yo puedo desvivirme por sentir el dolor que siente otra persona, pero nunca me será dable hacerlo. La cosa es mucho más compleja cuando el dolor es síquico, no físico. No obstante, la imaginación nos permite realizar esa peregrinación hacia otro ser humano mediante la cual logramos identificarnos con su estado síquico, solidarizarnos con su placer o su dolor. De por sí, la mera presencia de otras personas no genera en nosotros ese sentimiento de adhesión. Uno puede sentirse solo en una multitud, eso cualquier persona de sensibilidad tiene que haberlo sentido. Y es que yo tengo que vivir mi vida *yo solo*, como tengo que sufrir mis dolores solo. De ahí el que la comunicación sea un proceso tan difícil entre los seres humanos; un gesto, una palabra, una caricia, ¡qué mucho o qué poco pueden decir en un momento dado! ¿Y qué diremos del silencio?

Mas la soledad puede ser aterradora; el propio Cristo dijo en un momento de desesperación: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" El sentirse total y radicalmente solo, abandonado, sin ningún apoyo moral y espiritual, es una experiencia que pocos pueden soportar. Pero el poder para resistir una fuerte dosis de soledad es, a mi juicio, un requisito indispensable para cualquier tipo de creación intelectual. Vivimos hoy en un mundo tan "sociable" que es necesario que haya unos cuantos ermitaños que soporten con ecuanimidad la soledad, pues ésta es la levadura de la creación espiritual. No quiero decir con ello que podamos vivir totalmente solos; nada de eso, puesto que siempre llevamos con nosotros a ese compañero que nos ha legado la sociedad: el lenguaje. Todo pensamiento conlleva un diálogo, como observó agudamente Platón hace muchos siglos. En ese sentido nunca estamos solos, pero yo me quiero referir aquí a la posibilidad de un aislamiento relativo de parte del hombre que le permita meditar y vacar a sus propios pensamientos. El pensamiento entonces se vuelve sobre sí mismo y logra ese filo cortante que, como un bisturí, logra disectar la anatomía del cuerpo social contemporáneo.

Cuando intentamos un intercambio de soledades—de dos cuerpos que se excluyen espacialmente—tenemos entonces la semilla del amor y de la amistad. En esa unión se logra una aproximación a la comunicación más perfecta entre los seres humanos. Pero siempre quedará un último reducto, una intimidad que no puede ser comprendida: habrá algo de lo arcano que permanecerá oculto para siempre. La soledad en que vivimos nos condena a una comunicación siempre problemática y sumamente precaria. De ahí que cuando falla dicha comunicación

todos optemos por retirarnos a ese último reducto que nos queda en la vida: la soledad, *la radical soledad*, aquella que terminará con la famosa rima del poeta: "Qué solos se quedan los muertos".

II

Sin embargo, ¿cómo se atenta contra esa soledad en el mundo en que vivimos! La civilización parece ser un monstruo que pretende devorar los últimos vestigios de nuestra soledad. Desde el ruido infernal del avión de propulsión a chorro hasta el empalagoso anuncio comercial, la conspiración contra la meditación va cada vez más en aumento. De los cinco sentidos, el auditivo es el que está más sujeto al bombardeo constante de ruidos y sonidos de todas clases. El individuo de inquietudes intelectuales, de sensibilidad aguda, tiene que buscar el refugio de los lugares remotos en donde pueda estar "lejos del mundanal ruido". No obstante, en el cotidiano vivir no hay escape, puesto que son pocos los que tienen los ingresos y el ocio necesario para vivir constantemente alejados de la civilización y sus artefactos.

De otra parte, es mejor no engañarse sobre el particular. A la gran mayoría de las personas no le interesa —incluso les aterra— el silencio y la soledad. Estar solo en un lugar donde hay silencio absoluto es una experiencia aterradora para muchos. El estar con otras personas, el oír sus voces y sus ruidos, en cierto sentido levanta un poco el peso de nuestra propia existencia y contribuye a ocultarnos la realidad tremebunda de que estamos solos en un sentido radical. Entregado al ruido, embargado en el bacanal orgiástico de la música popular, el hombre esconde de sí mismo su camino inexorable hacia la muerte, logra tapar ante sus propios ojos lo precario de su humana existencia. Para ello no puede detenerse a pensar, es forzoso estar en una constante actividad que sólo cese con el sueño. Como Prometeo —pero sin su heroicidad— este tipo de hombre sólo descansa cuando duerme, mientras en su vida despierta no se detiene para buscar el sentido —si es que hay alguno— de ésta. Pero esta forma de agitación sólo consigue llenar una vida con soporíferos, y el resultado inevitable es el amargo despertar al día siguiente.

Cuando el hombre ha sido acosado —como lo está hoy en día— por una civilización que pretende ahogar su espontaneidad y aplastar su individualidad, una de sus respuestas ha sido el retorno al estado natural, la vuelta a la naturaleza. En la historia del pensamiento occidental, este viraje, este retorno a la naturaleza, se conoce como el Romanticismo. El romántico pretende una liberación de las emociones,

una exaltación del sentimiento, una comunión más estrecha con el mundo natural. Negado por la civilización, el hombre romántico pretende a su vez negar a ésta. En su búsqueda por el sentimiento puro, prístino, desprovisto de hipocresías y superfluidades, intenta el romántico encontrar en la naturaleza lo que no logra ver en el mundo artificial creado por el hombre. En ese sentido, y manteniéndolo en una perspectiva adecuada, el Romanticismo puede ser la respuesta a la petrificación y formalización excesiva de una civilización que idolatra la técnica.

El problema, sin embargo, resulta ser la invasión cada vez más y más arrolladora que realiza el hombre en el campo de la naturaleza. Por doquiera vemos al hombre erigiendo edificios, dinamitando montañas, construyendo represas, reduciendo cada vez más el ámbito de lo natural a costa de lo artificial, de lo técnico. Una mirada a nuestro alrededor demostrará esto hasta la saciedad. En un intento de reponer lo perdido, el hombre pretende, por otra parte, imitar a la naturaleza creando un mundo semejante a ella. Este es el sentido original del arte—según lo encontramos por ejemplo en Aristóteles—, pero la insensibilidad del hombre promedio de hoy en día le impide ver la belleza de lo natural, como lo demuestran los adefesios que en ocasiones construye a las orillas de nuestras carreteras. Entonces los lugares en donde le sería permisible al hombre alejarse del ruido cotidiano parece reducirse cada vez más. ¿Es que será necesario el retorno de los cínicos que denuncien —y rechacen— la civilización y sus efectos sobre el espíritu humano?

No, yo diría, puesto que el hombre no puede negar totalmente la civilización y la cultura. Esto es algo que llevamos dentro, lo hemos imbuido. Aun el rebelde más acerbo que toma una postura crítica ante la civilización a que pertenece lo hace porque la conoce, y adopta la posición de abogar por su destrucción. El problema resulta ser entonces qué se va a conservar y qué se va a rechazar de nuestro legado cultural. Cómo conciliar lo tradicional con lo novedoso o radical ha sido un problema con que se ha confrontado el hombre a través de su historia. Un hombre sin conciencia de su pasado es un bárbaro; un hombre que sólo vive de su pasado es un ser petrificado, fosilizado. Si la civilización moderna avasalla al hombre, lo saca fuera de quicio, le adormece su sensibilidad y su conciencia, el reducto de la creatividad intelectual se reducirá cada vez más. ¿Cómo, sin rechazar de plano a la civilización moderna, puede el hombre moderno dedicarse a una auténtica creación intelectual? ¿Es posible conciliar la individualidad que pugna por manifestarse con las demandas a veces aplastantes de lo

colectivo. A mi juicio, hay que restituir al diálogo, a la comunicación, al lugar legítimo que le corresponde dentro de la Cultura Occidental.

III

Refiriéndose al mundo Occidental contemporáneo, ha dicho Albert Camus en su libro *El Hombre Rebelde* que, "El diálogo o relación de personas, ha sido reemplazado por la propaganda o la polémica, que son dos formas de monólogo". Efectivamente, la comunicación hoy en día se lleva a cabo a través de la impersonalidad de los medios de comunicación de masas, agencias remotas que bombardean al individuo con información y propaganda desde unos centros de difusión. Así no hay posibilidad de diálogo, puesto que la persona que recibe el estímulo tiene que permanecer pasiva ante su influjo; le es imposible replicar, contestar, argumentar. La comunicación resulta entonces unilateral. La soledad del individuo bajo estas circunstancias es enorme, pero no es la misma soledad de que hablé anteriormente y que es la condición indispensable para la creación intelectual. Porque para que haya la posibilidad de una auténtica creación intelectual es necesario que el individuo reflexione, discuta, dialogue. La inundación de sus sentidos en un mar de propaganda y de retórica meramente le adormece, no le incita a una mayor fermentación y excitación por las ideas.

La conversación—ese pasatiempo que muchos consideran inícuo—es quizás una de las artes que pueden contribuir a la re-creación del diálogo en la sociedad moderna. En su último libro, Jacques Barzun ha señalado la importancia que tiene la conversación en la vida de un país. La conversación—el arte de conversar—permite el intercambio de puntos de vista mediante el uso del buen razonamiento y el respeto mutuo. Para conversar no hay que gritar, "donde se grita no hay ciencia", decía sabiamente el maestro Leonardo. Al conversar, dialogamos. Intentamos persuadir a la otra persona de que nuestro punto de vista es el correcto; para lograr esto utilizamos a veces la exageración, la mímica, la frase preñada de ironía. En esta lucha, cuando se rige por los cánones de la lógica y del respeto mutuo, se agudiza el ingenio y se logra tender un puente entre dos existencias que se encuentran distantes.

Pero para que pueda haber conversación, para que la comunicación sea efectiva, es necesario que los participantes estén abiertos al diálogo. La persona que discute tiene que estar dispuesta a someter sus aseveraciones al crisol de la crítica y de la evidencia empírica. Este estar abierto al diálogo es la condición indispensable para la creación cien-

tífica, filosófica o artística. Así el encuentro, la peregrinación de un ser hacia otro ser, puede darse en una mejor medida que cuando cada uno permanece hermético dentro de su mundo aparte.

En ese sentido, el viaje de mi soledad hacia otra soledad —ese movimiento centrípeto de un alma hacia otra que Ortega ha llamado amor— sólo es posible cuando puede darse esta relación íntima, estrecha, dialogal, entre dos seres humanos. La trascendencia de mi radical soledad mediante la fusión síquica con otra persona presupone que entre ella y yo existe un universo común al que ambos podemos llamar nuestro. Tiene que haber un punto común en donde puedan encontrarse nuestras dos almas —un “allí” en el cual nuestros corazones no se excluyan mutuamente.

El amor y la amistad son en ese sentido dos de los últimos reductos que todavía quedan al hombre moderno como refugios de su individualidad. Ambas formas de comunicación representan una comunión estrecha que se sobrepone a la falsedad y a la impersonalidad de los modernos medios de comunicación de masas. Dice el maestro Aristóteles en su *Ética Nicomaquea* que la forma más sublime de la amistad es aquella que se basa en el amor que dos o más personas sienten por los mismos objetos; es decir, cuando existe una comunidad de intereses entre ellos. En esta forma, la soledad es trascendida o superada, pero no es negada o suprimida. La dignidad inherente a la persona, su intimidad, es mantenida intacta y respetada, al mismo tiempo que se logra intercambiar dicha individualidad con la de otra persona afín. Así se logra salvar el abismo aparentemente insalvable entre la soledad radical de mi vida y la de los demás. Tenían razón los griegos cuando concebían al Dios Eros como el unificador de la raza humana. Soledad y unión, separación y fusión, que son aparentemente irreconciliables, logran bajo el amor y la amistad sintetizarse en un mundo de comprensión y de profunda emotividad.

IV

No obstante, la solución al problema expuesto antes crea serias dificultades. Tanto el amor como la amistad conllevan una relación en la cual se trata a la otra persona como un fin y no como un medio. El utilizar a otra persona como instrumento o medio para la obtención de ciertos fines es contrario a los principios fundamentales sobre los cuales se asientan el amor y la amistad: respeto y afecto mutuos, espíritu de sacrificio, desinterés. Mas, sin embargo, existe un área de conducta autónoma dentro de la humana convivencia que niega preci-

samente estos principios; su razón de ser se deriva del uso de otros seres humanos para la obtención de nuestros fines. Me refiero a la política. En la política, mi fin fundamental es lograr que otra persona haga lo que yo deseo, independientemente de sus deseos o creencias sobre el particular. Incluso la forma más insidiosa —pero a la vez la más sutil— del poder político, la manipulación, conlleva necesariamente la influencia sobre la conducta de otra persona de acuerdo con mis propias intenciones. Ante el amor y la amistad el poder político finiquita; King Lear con todo su poder no puede ordenar en el corazón de sus hijas. Por otra parte, el amor y la amistad se detienen ante el reino de la política, son incapaces de penetrar en su ámbito sin negar sus propios fundamentos. De ser esto cierto, mi tesis tal y como fue expuesta en la tercera parte de este ensayo presupone una actitud francamente apolítica del hombre moderno, como respuesta ante las tendencias totalizantes de la sociedad y el Estado modernos. ¿Es inevitable el dilema? ¿Hay alguna solución para éste?

Si el hombre moderno no tiene más remedio que retirarse de las lides políticas para proteger su “yo” de lo colectivo, entonces sería cómplice —mediante su retiro— de todas las injusticias que se perpetran en el mundo. Es decir, que el apoliticismo radical es ilusorio —en el fondo, es una actitud tan “politicizada” como el compromiso con una causa que caracteriza al reformador radical. La apatía política no exime de su responsabilidad al hombre contemporáneo. Muy por el contrario, le sitúa del lado de los poderes establecidos, puesto que su indiferencia ante los problemas sociales es una señal de su aquiescencia para con el estado de cosas existente. Si su soledad —aun en el caso del intelectual— conlleva a su vez la ausencia de una solidaridad con una causa que trasciende su propio interés egoísta, el resultado no puede ser otro que un politicismo solapado, oculto. Tras este se esconden una renuencia a ensuciarse las manos en el quehacer —oneroso, no cabe duda— de la política.

De otra parte, la absorción total del individuo en una causa colectiva puede cegarle de tal forma que anteponga, siempre y en todo momento, los intereses del individuo a los intereses colectivos. Así el intelectual se convierte en un ideólogo de un movimiento; abandona su misión de crítico para servirle de exegeta al movimiento. La solidaridad en este caso se convierte en un pretexto para avasallar la soledad; la adhesión a la causa de los oprimidos se torna en excusa para la opresión.

La política como ámbito de acción social autónoma, necesariamente conlleva actividades de carácter colectivo. En la política la solidaridad o adhesión a una causa requiere la cooperación de otros seres huma-

nos para la consecución de un fin. En ese sentido, las técnicas del poder político —la persuasión, la coacción, la dominación y la manipulación— son medios indispensables para la consecución de los fines trazados de antemano por el movimiento. La relación de mando y obediencia es la esencia misma de la política, y por ende el que entra en la arena de la política tiene que ir dispuesto a usar otros hombres como instrumentos para la obtención de sus fines. De aquí se deriva el carácter tremebundo—pecaminoso desde el punto de vista cristiano—de la política.

Pero si ésta es una de las vertientes de todo movimiento político, no es menos cierto que la solidaridad de los individuos que la componen con una causa común, crea en ellos lazos de amistad y de solidaridad que trascienden la esfera de la política. Mi adhesión a una causa implica también mi adhesión o solidaridad con todos aquellos que la sustentan conjuntamente conmigo. El respeto por la dignidad y la individualidad del otro, el vínculo que me ata a él, conlleva también una comunidad de intereses, un amor por las mismas cosas y por los mismos objetos. Su personalidad, su "yo", su soledad, cobran entonces un cariz distinto al que tenía cuando era su ser extraño y ajeno a mí. Esta es la base misma de toda comunidad—ya sea intelectual o de cualquier otra índole—, pues permite el que yo pueda encontrarme, reconocirme en el "otro". Mi individualidad se ensancha, se expande, al reconocer la comunión que existe entre ella y la de los demás individuos.

En este sentido, el apoliticismo está radicalmente incapacitado de lograr esta adhesión o solidaridad con los demás seres humanos. Condenado a la esterilidad política, resulta eventualmente en el bien querido de los conservadores. La soledad se convierte entonces en una excusa para la inactividad y en un motivo para la perpetuación de la opresión política de los "humillados y ofendidos".

En realidad, la tensión entre soledad y solidaridad existirá siempre. El escritor y el artista—confrontados con el problema del arte y la literatura comprometidos vs. las demandas de la verdad y de la belleza—se enfrentan al dilema en su forma más aguda. La solución no es fácil, pues requiere un sentido del balance, una noción de la medida. Pero del equilibrio que logre alcanzar el hombre moderno en su solución del problema dependerá, en gran parte, el futuro de la Cultura de Occidente.